

Nacemos con dos puertas en el cuerpo. Una de entrada, por la boca, y otra de salida, por el culo. Aunque a veces esas puertas se tornan batientes, y hay cosas que entran por donde no deben, y otras que salen, por donde sólo debería entrarse.

A través de la boca penetran el aire y los alimentos, combustibles razonables para seguir existiendo. Por el ano nos desprendemos de sus residuos. Algunos consideran que la boca es la puerta de la vida, y el ojeté el portillo de la muerte. Están equivocados.

Por la puerta roja de los labios salen los besos, fluyen las palabras, el aire que expulsamos respirando. Incluso en ese coma temporal que es el sueño, también expelemos aire y flatulencias por nuestras dos bocas, (o por ¿nuestros dos culos?, ¿podría ser dicho?).

La boca es la puerta de las palabras, el ojo del culo es la salida de nuestro volcán digestivo, nuestra lava personal diaria. Los griegos adivinaban el futuro –entre otras vías- por la hieroscopia, o sea por el estudio de las entrañas (especialmente los hígados) de los animales sacrificados. Así lo siguen haciendo los indígenas de Papúa, en el lejano Pacífico. ¿Por qué no las heces?

Paseando por la costa, sorprende –a veces- observar algunas higueras que han nacido en lo alto de los riscos y farallones más inexpugnables. Hay quien pensará que la culpa la tuvo el viento, que todo lo arrastra y traslada, incluidas

8

las semillas. Pero generalmente, –afirman los científicos- esos árboles han nacido del excremento de algún pájaro que comió felizmente un higo, y que al deponer –tras su digestión- en lo alto de la roca, depositó involuntariamente la semilla en un lugar, al que sólo él pudo llegar volando.

Si se estudiaran minuciosamente las cacas que dejan cada uno de los seres humanos, podría saberse mucho de cómo vive el portador de ese material observado. No sólo sus hábitos alimenticios, sino el alcohol que ingiere, las drogas que consume, o si afináramos, la salud del individuo, y hasta su herencia genética.

¿Se sabe más de nosotros mismos por lo que decimos, o por el aroma de nuestras heces?

Somos tanto lo que escribimos como lo que cagamos. No podemos fingir ni una cosa ni otra.

El pensamiento del escritor, el que queda fijado en sus textos, se gesta de una forma parecida al proceso excremental. La vida y sus peripecias son los alimentos que nutren al escritor, y que son digeridas individualmente. Y si bien es cierto que defecar deviene para todos los seres vivos en algo casi automático (unas veces más que otras, todo sea dicho), el pensamiento, por el contrario, es como un viaje río arriba: hay que impulsarse contracorriente, usando todas las fuerzas de que se disponga, para avanzar unos centímetros.

Escribir es justo lo contrario a dejarse llevar cómodamente

Para unir esta rara teoría antes será... preciso, leer con atención.

No es raro pensar que existen tantas puertas como personas en el mundo. La cantidad de estilos, formas, y dimensiones dependen del caprichoso deseo consumidor o del sentido práctico o de la simple necesidad... pero al margen de todo ello existe un nexo de unión o factor de conversión entre ellas y es que la puerta, independientemente de su lugar, forma o condición, cierra o abre. Éste es el sentido y función para los cuáles fue creada. Si una puerta no abre o no cierra, o está mal construida o no es una puerta. El sentido, es decir, lo que define a una puerta, es que cierre o abra; si no cumple esta función sería como decir que el teatro no es fiel a la vida o que la tostadora no tuesta el pan.

No obstante, en esa infinitud de posibilidades conviene pararse a reflexionar.

En el portal de la creatividad la puerta parece estar cerrada con un manojito de llaves, y depende de una de ellas para ser abierta, para airear el torrente de pensamientos y sensaciones que el artista encierra, y necesita de esa llave para poder airearlas.

Con esto entiendo que existe un complemento indispensable para las puertas, la llave. La puerta se

6

lejos,) toda una filosofía colectiva de la palabra escrita, que provoca que unos sigan leyendo y otros sigamos escribiendo.

Debemos espantar, día a día, el fantasma de gloria eterna que anida en el corazón vanidoso de cada escritor. De esta manera, podremos seguir cumpliendo con nuestro oficio de escribas. La escritura es una responsabilidad que se adquiere, como cualquier otro se somete a un horario laboral, por el que recibe a cambio un estipendio. No se puede escribir pensando que es arte todo lo que se produce. La verdadera escritura nace como una artesanía. La constancia es la encargada de convertirla –inconscientemente- en arte.

En cierto sentido, escribir es como seducir: nadie conquista su objeto de deseo erótico, a base de confesarle cuánto lo desea. Sino, por el contrario, impostando desinterés, y provocando incertidumbres en el otro lado. Hagamos lo mismo con las palabras: fustiguémoslas, manifestemos desdén e indiferencia ante ellas, y sólo así caerán rendidas a nuestros encantos de seductor contrario. Y si nos preocupa la opinión de nuestros lectores, hagamos con ellos otro tanto.

Siguiendo este método al pie de la letra, quizá algún día, como una higuera que ha nacido en lo alto de la roca más inexpugnable, descubramos que ha florecido nuestra artesanía cotidiana, en un arte que merezca la pena conservarse y por tanto releerse. Solo así seguiremos hablando e influyendo, incluso después de muertos.

por la corriente del río. Hay que invertir muchas fuerzas, a la par que tener mucha fe y entusiasmo para lograrlo. Y sobre todo hay que hacerlo permanentemente, igual que visitamos el váter a diario. El escritor debe serlo todos los días, si no, su naturaleza se anquilosaría y produciría la muerte de su escritura. Ocuparse de escribir debe ser algo tan cotidiano como atender a los requerimientos de los procesos biológicos: respirar, comer, defecar, orinar, dormir y escribir. La disciplina resulta esencial en estos trances, si se quieren evitar mayores dolencias y complicaciones.

El meritorio de escritura debería aceptar las reglas del oficio, que son así, desde que se fijaron los primeros hechos o pensamientos en palabras. Ni ordenadores, ni máquinas de escribir, ni plumas estilográficas sobre papel, ni cálamos plumíferos sobre pergamino, ni pincel sobre papel de arroz o papiro, ni cuñas de caña sobre tablillas de arcilla, han cambiado la norma base: escribir es un trabajo diario.

Hay que conciliar mucha más humildad que soberbia para ejercitarse en este oficio. El escritor es sólo un eslabón más en la cadena de la memoria humana. Nunca un eslabón ha formado una cadena por sí solo. Esto significa que hay que insertarse en una tradición: la literatura que ha generado tu idioma materno. Esto se concreta en contactar con el eslabón anterior -los maestros- para impregnarse de su experiencia, y recibir el legado que le pasaron los suyos propios; y que, a la par, estaremos obligados a traspasar a nuestros discípulos (o a nuestros lectores), como éstos lo harán con los suyos, y así sucesivamente por los siglos de los siglos. Cada uno de nosotros no inventamos nada, somos transmisores de un conocimiento y de un afán por conservar (y por tanto llevar más

10

puede romper y tirar abajo, pero en cualquier caso la puerta necesita de la voluntad de ser abierta o cerrada o destruida.

También uno puede cruzar una puerta para entrar o salir y también la puerta tiene este objetivo: ser cruzada. Encontramos pues varios factores sin los cuales la puerta no se definiría, que son: abrir o cerrar, la llave (o cualquier mecanismo que le haga abrirse o cerrarse), y ser cruzada. Sin estos tres factores la puerta quedaría huérfana, no existiría. Pero en estos tres, tanto en la operación de abrir y cerrar, manejar la llave, y cruzarla, existe un factor que los posibilita: la voluntad. Por lo tanto, la ecuación quedaría de la siguiente manera: la puerta es directamente proporcional a la voluntad, y la voluntad es inversamente proporcional al deseo de abrirla o cerrarla, de traspasarla o de cruzarla multiplicado por el mecanismo de apertura, ya sea llave o fuerza bruta. Todo esto se me ha ocurrido mientras pintaba una puerta que me ha quedado como el culo.

(r.f.)

Sombrias puertas que impiden la entrada de mi alma hacia lo más hondo de tu ser, políticas fronteras que no dejan entrar a los que vienen de fuera, oscuras puertas que nos alejan de todo y de todos, frías rejas que ejercen de barrera contra lo que nos atemoriza, gruesas puertas que han de ser derribadas a patadas para dejar libre el paso a los anhelos, para combatir el hastío, para dejar de ser borregos y

avanzar...(s.d.)

¿Sabes qué? Voy a organizar unas jornadas de puertas abiertas en mi culo, las llamaré "jornadas recto-rales de puertas abiertas". Voy a organizar esa mierda de jornadas y voy a dejar que todos los padres de la gente que me he metido por el culo en los últimos años vean las instalaciones de las que dispone la gente que vive en mi cavidad rectal. Con el tiempo les he ido adecuando todo, lo último que metí fue:

1. un fútbolín
2. un billar
3. una diana
4. una maquina de bolas de chicle, pero con pistachos, que me gustan más.

Creo que la gente ahí está bastante bien. Ahora tengo que hacer un sistema de puntos para atender la demanda de los que quieren meterse en mi extremidad aboral. Lo que más puntos da es ser tonto del culo. Sé que tú quieres venir, y ese amigo tuyo, ese que habla poco, ese también, y el kiosquero de mi barrio quiere un pase para los fines de semana, pero todavía no estoy preparado. La fecha está sin determinar, me he inducido una gastroenteritis para limpiarlo todo, en cuanto el ring of fire que tengo en mi culo se ponga bien estaré preparado.

culo

(d.c.m.)

12

puertas que se abren y puertas que se cierran. un robo de tres minutos a dos pórticos de la entrada de mi cabeza. y lo que nico encontró allí.

mi relación con las puertas varía cada día. un día las abro con facilidad y otro día no puedo batirlas. sin embargo lo peor de todo es esa extraña sensación de no encontrarlas. lo importante es no dejarse limitar por ellas, mirar más allá como si no existieran, pero sabiendo dónde están (y eso si las encuentras, claro, que era, como decía, el peor de los casos). me gustan las puertas de cristal y las de madera. no me gustan las puertas contrachapadas. las que más me gustan son las invisibles. y también son curiosas las que no estando son las que más se ven. me gusta la puerta de mi habitación porque es el mejor umbral. lo es físicamente, sobre todo, aunque también creo en los umbrales metafóricos y en los puntos aquí y puntos allí. también en las bisagras. hay que creer más en las bisagras. en el fondo es lo más importante de una puerta. de la física y de la otra.

no me gusta la puerta de la cocina del lugar donde trabajo. es difícil abrirla por fuera, pero es imposible abrirla por dentro. me da miedo ir a la cocina y no poder salir. no entiendo sus bisagras. (d.c.)

marcel duchamp tenía una puerta, una puerta tenía marcel duchamp, que cuando abría el baño cerraba el estudio, y viceversa. una sola puerta para las dos estancias siempre abierta y cerrada al mismo tiempo.

(d.b.)